

pequeñas notas indican lo que en la corte se pensaba de los diferentes personajes que la frecuentaban.

Luisa de Saboya (1) es el tipo de esas madres que adoran no á sus hijos, sino á su hijo, que cifran en él y en él reviven toda clase de ensueños incumplidos, que se entregan por entero á él á condición de absorberlo en ellas. De su madre tiene Francisco I casi todos los defectos y algunas de las cualidades, entre las cuales no se encontraron desgraciadamente ni la sólida inteligencia, ni el sentido práctico, ni la tenacidad de aquella. Hija de un segundón de Saboya (2) mal dotado, descontento, mezquinamente ambicioso, había hecho un pobre casamiento uniéndose al conde de Angulema, príncipe necesitado y empequeñecido por este estado de penuria. Después del nacimiento de Margarita (1492) y de Francisco (1494) perdió á su marido en 1496, empeorando entonces su situación, ya que se encontró viuda, cargada de pleitos, sin recursos y casi sin apoyo. Su posición mejoró, como hemos visto, en tiempo de Luis XII por el hecho de no tener este rey descendencia; mas por otra parte, cuando Francisco llegó á ser un heredero posible del trono, vióse vigilada y se hizo sospechosa. Aquella condición humilde y poco clara de advenediza, de pariente pobre con miras á una gran sucesión, hubo de exasperar su amor por su hijo, de quien todo dependía.

El «Diario» (3) en donde escribió algunos de los sucesos de su vida, como se hacía á menudo en los «Libros de cuenta y razón», está lleno de sus preocupaciones maternas, expresadas á veces en un tono de áspera ironía: «Ana, reina de Francia, tuvo en Blois, el día de Santa Inés, un hijo, pero éste no podía retardar la exaltación de mi César, porque no tenía vida.» Habla de «las bodas amorosas» de Luis XII y de María de Inglaterra y en otro orden de ideas enumera todos los accidentes, que son muchos, acaecidos á Francisco I, siempre arrastrado por su fogoso temperamento. «Si él hubiese muerto, me habría visto perdida,» dice á propósito de un riesgo que su hijo corrió.

De su hija nunca se cuidó gran cosa; más que madre era jefe de familia. ¿Habrá querido representarla Margarita bajo el personaje de dama Oisille que figura en el *Heptameron*? Dama Oisille es muy prudente: en todas las conversaciones que se entablan habla como mujer á quien la experiencia ha enseñado á ser moderada y que se hace árbitra de las discusiones aportando á ellas buen sentido, una moral bastante suave y una piedad ilustrada; y aunque en el «Diario» no encontramos acentos de este género, ni en lo que conocemos de la vida de Luisa de Saboya brillan análogos sentimientos, bien pudiera ser que Margarita viera á su madre, como veía á su hermano, al través de su cariño, pues siempre brilló más por su sensibilidad que por su perspicacia. Hay un punto, sin embargo, en el cual pueden parecerse dama Oisille y

(1) Véase lo dicho anteriormente, págs. 102 y 126. Luisa de Saboya tomó el título oficial de *Madame* después de la muerte de Luis XII.

(2) Nacida en 1476.

(3) Véase acerca de esto la bibliografía del capítulo I. Sería interesante estudiar la cuestión del «Diario» de Luisa de Saboya desde el punto de vista del valor del texto. Respecto de esto tenemos algunas dudas.

Luisa de Saboya: ésta, en efecto, parece haber profesado convicciones religiosas muy sinceras y participó, por lo menos durante algún tiempo, de las ideas de los hombres generosos que intentaron una reforma pacífica.

Cuando Francisco I subió al trono, Luisa contaba unos cuarenta años y por sus retratos se ve que Francisco y Margarita se le parecían; tenía las facciones bastante regulares, la fisonomía distinguida, los ojos claros, de una viveza delicada y un gran aire de distinción.

Desde 1515 á 1531, fecha de su muerte, Madama será el verdadero jefe del gobierno, lo mismo si su hijo está presente que si está ausente. Una miniatura (bien es verdad que figura en un libro hecho para ella) representa á Francia extenuada, yacente, y á la reina, con alas de ángel, empuñando con mano firme el timón de un barco simbólico, elogio que nada tiene de exagerado porque Madama poseía esencialmente el genio político. Por otra parte, los cronistas que no insisten mucho sobre sus virtudes la colman de alabanzas de aquel género: «Fué una dama buena, prudente y sabia, que por su prudente conducta y ayudada por Dios preservó al reino de Francia de muchas facciones y motines mientras el rey estuvo prisionero.»

Pero el gran mal de su gobierno fué ser un gobierno de mujer, un gobierno de pasión. Aun estando en el poder, pensó en enriquecerse personalmente, como se demostró en el proceso del Condestable y en el de Semblançay, en los cuales fué parte no enteramente contra su hijo, pero sí al lado de éste por su propia cuenta: sus intereses eran algo distintos y los hizo valer (4).

Además quiso guardar al rey para sí y le tuvo poco menos que encerrado entre cuatro paredes; y, por último, tendió á hacer de la monarquía un gobierno preocupado ante todo de los intereses personales del soberano, sin ninguna mira elevada.

La hermana de Francisco I se nos presenta muy modesta entre tal madre y tal hermano: una y otro aman en ella sobre todo el afecto que les ha consagrado y una abnegación sin límites, la ayudan cuando es preciso y la protegen, siendo un rasgo característico de la historia de estos tres personajes el hecho de que aquella hija y hermana necesitara protección y que así lo comprendieran los que debían dispensársela. Margarita, por otra parte, encontróse siempre en una situación casi miserable, parecida á la de su madre antes del entronizamiento de Francisco: en 1509, en el momento en que la familia de Angulema comenzaba á prosperar, habíase casado con el duque de Alenzón, príncipe insignificante, á pesar de su título y de su rango de dotado, y personaje mediocre; viuda en 1525, casó en segundas nupcias, en 1527, con Enrique de Albret, rey de Navarra, posición también muy embarazosa que la presentó nuevamente en actitud de postulante, muy pronto importuna, ya que Albret, que reivindicaba la Navarra española, necesitaba de su cuñado para conquistarla.

Estas circunstancias, unidas á cierta timidez de carácter, explican por qué esta princesa real se humillaba delante de sus iguales y aun de sus inferiores, no manteniéndose á la altura que á su rango correspondía frente de Montmorency, por ejemplo, ó de la duquesa

(4) Véase más adelante. En 1528 recibió 300.000 escudos sobre los bienes de Semblançay.

de Etampes. «Sobre todo asegúradle bien, escribía refiriéndose á esta última, el afecto que sabéis y habéis conocido que el rey de Navarra y yo le profesamos; si fuese posible decirle á cuánto llega este afecto, vería que es tanto como jamás criatura alguna profesó á otra.»

En realidad, Margarita es un ser todo sentimiento; fué valerosa cuando para serlo sólo se necesitó ser terna; no vaciló en ir á ver á su hermano en su prisión de Madrid, á pesar de las dificultades, de los dolores, de

su patrimonio de Blois, en donde la reina se complació en embellecer el ala septentrional del castillo, que en parte es obra suya. Al contrario del rey, de Madama y de la mayoría de los personajes del gobierno, encontró en el pueblo un cariño casi conmovedor: «Murió la perla de las damas y claro espejo de bondad sin mancha alguna, y por la gran estimación de santidad en que se la tenía muchos le llevaban ofrendas y cirios.»

En cuanto á la segunda esposa del rey, Leonor, her-



Francisco I, rey de Francia, según un cuadro anónimo de la época

los sufrimientos de amor propio que hubo de arrostrar; y acogió á sus amigos Lefevre de Etaples y Marot cuando se vieron amenazados. De su corazón se derivaba también lo mejor de su inteligencia; Rabelais la calificó perfectamente al hablar de su «ingenio arrobado y extático.» En la historia del Renacimiento y de la Reforma volveremos á encontrarla (1). La seducción que en ella ejercieron los ensueños ó las aspiraciones de algunos espíritus nobles demuestra cuánta grandeza delicada atesoraba el alma de aquella mujer débil y encantadora.

La reina Claudia, hija de Luis XII y de Ana de Bretaña, era, según dice Gattinara, «de muy pequeña y extraña corpulencia.» Francisco I, que no la amó, sólo quiso que le diera hijos, y siete le dió en pocos años; dejóle la administración de los asuntos de Bretaña y de

mana de Carlos V, á su llegada á Francia Marot le dirigió una hermosa epístola; en París se la recibió con gran solemnidad y luego ya no se habló más de ella.

No sucedió lo mismo con las queridas del rey. Madama de Chateaubriant pertenecía á una rama de la casa de Foix; casóse, en 1509, con Juan de Laval-Montmorency, señor de Chateaubriant, y fué con él á la corte, habiendo asistido en febrero de 1518 al bautizo del primer delfín. Francisco I la amó, sin duda, desde aquel momento. No era ya entonces muy joven aquella dama, pues debía tener cerca de treinta años, pero sus retratos nos la muestran de fisonomía delicada, ojos azules, cabellos de un rubio rojizo y cutis blanco. Sus relaciones con el rey duraron, no sin alternativas, hasta 1528 (2), y gracias á ella gozó de toda clase

(2) Aun después de su ruptura recibió (y su marido con ella) muchos dones del rey. No son dignos del menor crédito los relatos legendarios sobre los supuestos malos tratos que le diera el señor de Chateaubriant.

(1) Véase más adelante, capítulo I del libro V y capítulo I del libro VI. Allí indicaremos la bibliografía relativa á Margarita.

de favores el señor de Chateaubriant, quien, según testimonio de Margarita, sintió mucho su muerte, acaecida en 1537. Madama de Chateaubriant no se mezcló directamente en los negocios públicos, mas no por ello fué menos considerable y menos deplorable su influencia. Su favor elevó y mantuvo en elevados mandos militares á sus tres hermanos Lautrec, Lescún y Lesparre, los tres de mediana capacidad y culpables en gran parte de los fracasos experimentados entre 1520 y 1529.

La duquesa de Etampes era hija de Guillermo de Pisseleu, señor de Heilly; llegó á la corte antes de 1522, fué recibida entre las doncellas de honor y permaneció ignorada durante bastante tiempo. Francisco I, á su regreso de Madrid, enamoróse de ella y probablemente la tuvo una temporada por querida simultáneamente con Madama de Chateaubriant. Aquellas relaciones no tardaron en divulgarse, tanto más cuanto que el rey no parecía querer ocultarlas, como lo prueba el hecho de que en el acto de la entrada de la reina Leonor permaneciera, á la vista de todos, en una ventana con la señorita de Heilly. Algún tiempo después, en 1533, la casó con Juan de Brossé, haciendo á los dos esposos un presente de 72.000 libras y concediéndoles al año siguiente el condado de Etampes, erigido para ellos en ducado, y en 1536 el territorio de Limours, confiscado á uno de los Poncher, y las rentas del territorio y señorío de Bretecourt y del feudo de Orlu (1). Madama de Etampes era seductora, viva, apasionada y sin duda agradaba también al rey por su ingenio. Es de creer que mostraba más talento en su conversación que en sus versos, pues las poesías que dedicaba á su amante son de una vulgaridad extremada; por supuesto que el rey le correspondía en la misma moneda. Francisco I se nos aparece en estas uniones ilegítimas rindiendo culto á una inmoralidad inconsciente extraordinaria. A Madama de Etampes le deseaba:

«¡Y que al fin estés bien casada,
viviendo en paz y contenta de prole!»

Por otra parte, aquellos escándalos estaban en las costumbres, por lo menos en las de la corte. En medio de celos, de calumnias y de intrigas de toda clase, la familia legítima y la ilegítima vivían en asombrosa promiscuidad (2). Todos los poetas y literatos de la época colmaban de alabanzas á la duquesa, y Marot le dedicó muy bonitos versos con motivo de la donación de Etampes,

«para alojar en él á la más bella de Francia.»

Dábase aires de proteger á los escritores y á los artistas; intervino muy activamente en la política, trató de hacer y deshacer ministerios y combatió á Montmorency. Se ha dicho que Carlos V trató de seducirla con sus proposiciones, pero es muy dudoso que traicionara á Francisco I. Su intervención en los negocios y hasta en los asuntos de la guerra descontentaba á muchos. Du-

(1) El *Catalogue des actes* menciona otros muchos donativos.

(2) Con motivo de la toma de Hesdin, en 1537, Francisco recibió una carta de felicitación que firmaban Catalina (su nuera), Margarita (su hija), Margarita (su hermana) y Ana. Genín supone que esta Ana era la duquesa de Etampes.

rante la campaña de 1544 escribió al baile de Vitry una carta en la que hablaba de la negligencia de los capitanes: «Jamás he visto rey tan mal servido... y os ordeno que enseñéis esta carta á los capitanes,» los cuales «se irritaron grandemente de que aquella mujer se atreviera á usurpar tanta autoridad para mandar y mezclarse en asuntos de guerra.» Sus altercados con el delfín y con Diana de Poitiers, sus intrigas y la debilidad que por ella tenía el rey contribuyeron á dar al final del reinado esa fisonomía de desorganización y de decaimiento con que aparece en la historia.

De las cuatro hijas de Francisco I y de la reina Claudia dos murieron en edad muy temprana y las otras dos se casaron: Magdalena con Jacobo V de Escocia y Margarita (en 1559) con Filiberto Manuel de Saboya. El mayor de los hijos varones, Francisco, murió en 1536, y el tercero, Carlos, en 1545; el segundo había de ser, andando el tiempo, Enrique II. Decíase que Francisco se parecía á su abuelo materno, Luis XII, y Carlos á su padre «por su gallardía y franqueza, y también por su belleza y por su gracia;» en cuanto á Enrique, delfín en 1536, estuvo desde muy joven unido y sometido á Montmorency. Tenía ya entonces un carácter muy enigmático, frío y altanero, y en 1533 casó con Catalina de Médicis, casamiento mediocre, pues la familia de los Médicis era considerada como plebeya, y que se explica por ciertas necesidades políticas y por el hecho de no ser Enrique, cuando lo contrajo, más que un segundón de Francia.

Catalina no era guapa, pero estaba dotada de gran vivacidad; agradábase la caza y montaba admirablemente á caballo (3). Si su marido la quiso poco, en cambio Francisco I fué para ella un suegro afectuoso; bien es verdad que Catalina le prodigaba toda clase de atenciones y de delicadas finezas á la italiana: así por ejemplo, sabiendo que con ello halagaba su pasión favorita, le pedía que la incluyera en la lista de las personas que le acompañaban en sus cacerías. Y Francisco I se dejaba seducir por estas zalamerías.

Sin embargo, aun después que la inesperada muerte de su cuñado Francisco la convirtió en delfina, se eclipsó delante de su rival, Diana de Poitiers (4). Hija de Juan de Poitiers, señor de Saint-Vallier, y casada en 1514 con Luis de Brezé, gran senescal de Normandía, Diana fué, según parece, á la corte en los primeros años del reinado de Francisco I; su retrato figura en el álbum de Madama de Boissy. Habiendo enviudado en 1531, inspiró á Enrique una pasión extraordinaria que duró hasta la muerte del rey, ocurrida en 1559.

Quizás ninguna mujer del siglo XVI disfrutó, entre sus contemporáneos y en la posteridad, tanta fama de hermosa. Su nombre, Diana, y el partido que de él han sacado los poetas en sus adulaciones hicieron suponer en otro tiempo que su retrato sería la célebre *Diana* de Juan Goujón, modelada para ella; pero nada más inexacto que tal suposición, pues la belleza de Diana de Poitiers no era en manera alguna la belleza clásica, como lo prueban los retratos que evidentemente se pintaron del

(3) De la Ferrière, *Lettres de Catherine de Médicis*, tomo I, 1880 («Collection des Documents inédits»). H. Bouchot, *Catherine de Médicis*, 1899.

(4) G. Guilfrey, *Lettres inédites de Diane, de Poitiers*, 1866.

natural. Era una mujer vigorosa, de hermosa encarnación, de facciones medianamente regulares y nariz ligeramente remangada, cuya vista seduce por el aspecto de salud y de agradable buen humor. Era inteligente, escritora y amante de las bellas artes, pero bajo su amable apariencia ocultábase un alma seca, dura, ávida. Era católica apasionada, ardiente, pero sin convicciones. Durante el reinado de Francisco I, esforzóse por someter á su amante á la influencia de Montmorency y perturbó la corte con sus maquinaciones contra Madama de Etampes.

De todos los íntimos del rey, el que más gozó del afecto y del favor de éste fué el hermano menor de Boisy (1), Guillermo Gouffier, más conocido con el nombre de Bonivet. Nacido en 1488, se educó con Francisco I y con él subió al poder, siendo nombrado almirante de Francia en 1515. Brantome dice que «gobernaba todo lo concerniente á la guerra;» pero lo gobernaba mal: altanero, pagado de sí mismo, tenía á gala no pedir consejo á nadie. Bayardo hubo de quejarse de él durante la campaña de Italia de 1523, y á sus consejos se debió en gran parte que se librara la batalla de Pavia. Brantome dice «que era muy gentil y de sutil ingenio, hablaba muy bien y era muy guapo y agradable.» Respecto de esto último su testimonio hállase confirmado por los retratos. Tenía más de un punto de afinidad con Francisco I: la afición á gastar y el temperamento amoroso; y el rey y su hermana vivían con él en gran intimidad. Probablemente es el hidalgo «cuya grandeza, belleza y buena gracia superaban á las de todos sus compañeros» y que en vano trató de seducir á Margarita, según refiere una novela del *Heptamerón*. Compartió las pasiones del rey y de su madre, mostróse hostil á Borbón para halagar las envidias de aquéllos, é irritó al Condestable, cuyo vasallo era, hablándole con altanería. Entre estos dos hombres compréndese, y así se deduce de lo que dicen los historiadores, que hubo una especie de duelo que duró hasta el fin de su vida y que se manifestó en los mismos campos de batalla de Italia ó de Francia. Pero Bonivet, por lo menos, fué heroico en Pavia, «presentando su cuello á las espadas y haciéndose matar.»

Sucedióle en la confianza y en la amistad del rey Mariano de Montmorency (2), quien en 1520 fué nombrado primer ayuda de cámara y en 1522 mariscal de Francia. Después de la batalla de Pavia, en donde había sido hecho prisionero, aprovechóse de la circunstancia de haber muerto tantos servidores de Francisco I y de haber quedado, por ende, tantos puestos vacantes, para tomar sólidas posiciones: los títulos de gobernador y teniente general del Langüedoc, de gran maestre de la casa del rey, las donaciones de la ciudad, castillo y señorío de Compiègne en 1526 y de 50.000 libras en 1528, con ocasión de su casamiento, señalan algunas etapas de su favor. Después de la muerte de Luisa de Saboya, su autoridad fué preponderante habiendo durado hasta 1541. En 1538 recibió el cargo de condestable de Francia.

(1) Respecto de Boisy, que falleció en 1519, véase pág. 126.

(2) En el siguiente volumen volveremos á encontrar á Montmorency durante todo el reinado. Acerca de este personaje véase F. Decrue, *Anne de Montmorency, Grand-Maitre et Connétable de France*, 1885.

Durante mucho tiempo conservó el poder por sí mismo ó por medio de los miembros de su familia, distribuidos en numerosos empleos: «hace por sí solo cuanto se le antoja,» escribía el embajador veneciano; y por esto le combatían apasionadamente los cardenales de Tournón y de Lorena, y á veces también la misma Margarita (3).

Montmorency fué un espíritu mezquino, seco y duro, que representaba por completo la doctrina absolutista y conservadora; luchó con frío y rígido fanatismo contra todas las libertades y lo hizo brutalmente, sin discernimiento alguno.

Felipe de Chabot, conde de Charny y de Buzançois, señor de Brión, más conocido actualmente con el nombre de almirante Chabot, sólo estuvo un año en el poder; pero durante todo el reinado figuró entre los personajes de más viso á título de amigo del rey en cuya compañía había sido educado. También este favorito vióse colmado de bienes, honores y empleos. Refiere Brantome que un cortesano decía á Francisco I: «¿Por qué y á propósito de qué ha recibido Brión de vos tantos bienes, que de su solo tren de caza con halcones tiene en sus cuadras sesenta caballos, él que no es sino un hidalgo como cualquier otro, y todavía segundón de su casa á quien he visto con solos seis ó siete caballos por todo tren?» ¡Cuántos advenedizos de este género durante todo este reinado! Por otra parte, Chabot, que tan grave y austero aparece en su célebre sepulcro (4), era un personaje ávido, muy metido en todas las intrigas.

Claudio de Lorena, nacido en 1496, hijo de Renato II de Lorena, establecióse en Francia á fines del reinado de Luis XII; se enlazó con la familia real por su casamiento, en 1513, con Antonieta de Borbón, hija de Francisco de Vendome, y siguió á Francisco en todas sus guerras, recibiendo de él continuadas mercedes. El condado de Guisa fué erigido en su favor en ducado-pairía (1528), y hasta fines del reinado, en que su fortuna sufrió una suspensión, fué ascendiendo de un modo gradual y seguro. El casamiento (1538) de su hija María con el rey de Escocia, viudo de Magdalena de Francia, hacía ingresar á su familia en otra casa real. El hermano menor de Claudio, nombrado cardenal en 1518, posee innumerables obispados y beneficios; Francisco I le dispensó en alto grado su favor, le introdujo en 1530 en su consejo íntimo y le hizo intervenir en todos los negocios, en los cuales, por otra parte, ya intervenía *motu proprio* aprovechándose de la elevada posición de que gozaba merced á la dignidad cardenalicia.

Después de los íntimos veamos qué gobernantes rodeaban al rey: en calidad de tales impusieronse á todos los demás Florimundo Robertet y el canciller Duprat. El primero (5) tenía ya una larga historia administrativa cuando Francisco I subió al trono, y aunque era casi sexagenario, continuó siendo el hombre importante del nuevo reinado, y fué á la vez una especie de ministro de hacienda y de negocios extranjeros. Madama no cesó de consultarle, sobre todo desde 1524 á 1526; los

(3) Por lo menos últimamente, pues antes había tenido gran intimidad con él.

(4) Véase más adelante.

(5) Acerca de él véase pág. 139.

embajadores extranjeros habían de su «gran crédito» y el *Bourgeois de Paris* dice que á su muerte «el rey fué dos veces á visitarle» para darle una prueba de su afecto.

El personaje más influyente con él y después de él fué ciertamente Duprat (1) que hacia el año 1506 se había unido á la casa de Angulema: preceptor de Francisco I, figuró entre los más asiduos familiares de Luis de Saboya, siendo nombrado canciller de Francia en enero y de Bretaña en abril de 1515. Era trabajador infatigable y ambicioso y mostraba en los negocios la estrechez de espíritu, la falta de escrúpulos y las habilidades de los jurisconsultos netos, habiendo representado en todas partes el absolutismo. Viudo en 1516, ordenóse de sacerdote y se aprovechó de este carácter para enriquecerse sin tasa. La lista de los favores que recibió es inmensa: el rey le otorgó las abadías de Fleury y de Saint-Benoit-sur-Loire y cinco obispados, le nombró arzobispo de Sens en 1525 y le hizo conferir el capelo cardenalicio en 1527 y el título de legado en 1530. La concesión de todas estas mercedes dió lugar á grandes resistencias; así por ejemplo, los canónigos de Sens, como los de Saint-Benoit-sur-Loire, se negaron durante un año á reconocerle. Además el Parlamento, según du Bellay, odiaba en extremo al canciller «y no quería ser gobernado por consejo suyo.» El mismo rey desconfiaba del cardenal, á cuya muerte, acaecida en 1536, mandó ocupar todos sus papeles y se hizo restituir por sus herederos, bajo forma de préstamo, 300.000 libras. El *Bourgeois de Paris* se limita á calificar á Duprat de «hombre muy hábil, científico y sutil,» ó también «de hombre muy temido por su saber y por su gran sentido natural y adquirido.»

Después de Robertet y de Duprat, debilitóse el papel político de los hombres de ley, á quienes no encontramos ya más que en segundo término, y el gobierno fué de día en día más aristocrático.

CAPÍTULO II

EL SISTEMA MONÁRQUICO (2)

- I. La casa del rey y la corte.—II. Los elementos de gobierno.—III. El asunto del Condestable de Borbón.—IV. La unidad territorial.—V. Semblançay.—VI. Reformas financieras.—VII. Los gastos y los ingresos.

I.—La casa del rey y la corte

En la historia de Francisco I se hace á cada momento mención de la corte; y ¿qué era en realidad la corte? Esta palabra vaga no puede definirse sino después de haber definido otra más concreta, á saber, el Palacio (el *Hotel*) ó, como también se decía, la casa del rey. El palacio es el conjunto de los servicios organizados para las necesidades de la existencia privada

(1) La obra del marqués de Duprat, *Le Chancelier Du Prat*, 1857, es puramente apologética. Respecto de los límites del favor y de la influencia de Duprat, puede consultarse Jaquetón, *La politique extérieure de Louise de Savoie*, 1888.

(2) Las fuentes y las obras citadas al principio del libro III pueden ser consultadas en totalidad para lo referente á los capítulos II y III. Hemos tomado una porción de datos del *Catalogue des actes de François I*, datos que será muy fácil encontrar cuando

del soberano: cama, vestido, alimento, etc., ó para el ornato de su vida. Pues bien, en el palacio de los reyes Capetos, desde San Luis hasta Francisco I y aun hasta Luis XIV, no existen más que diferencias de matices: no hay en él transformaciones; hay á lo sumo modificaciones (3).

A partir del siglo XIII ó del XIV, encontramos la corte y la encontramos ya muy numerosa, muy brillante, con las costumbres, el espíritu y los hábitos que parecen propios de esta institución. Leyendo algunas poesías de Eustaquio Deschamps, escritas en el siglo XIV, se le creería fácilmente, respecto de este punto, contemporáneo de Marot ó de Lafontaine. La misma introducción de las damas, que se considera como una innovación de Ana de Bretaña, no es sino un restablecimiento (4).

Desde su origen existía en el palacio una división en seis oficios (5): panetería, cava, cocina, frutería, caballeriza y corral; venían luego la cámara, la capilla y otros servicios accesorios, haciéndose siempre una distinción entre las gentes del palacio, que ocupaban un rango muy honroso en la casa del rey, y las gentes del común, encargadas de los trabajos materiales. Todo esto permaneció en vigor ó se desarrolló en tiempo de Francisco I.

El personaje más importante del palacio en aquella época era el gran maestre del palacio ó simplemente gran maestre: «El que disfruta de tal dignidad tiene superintendencia sobre todos los empleos de la casa del rey; manda formar todos los años un estado de esta casa, asignar ó suprimir salarios á los menores oficios, tal como la cosa requiere... y nadie que esté á sueldo del rey puede sustraerse á la obediencia del gran maestre.» Este cargo era el más solicitado, aun por los señores más ilustres. «Es un estado el de gran maestre, dice Brantome, muy bello y muy honroso, puesto que dirige la casa de los reyes y lleva consigo grandes privilegios, como saben todos los que han frecuentado la corte.» En tiempo de Francisco I, la función de gran maestre fué como la consagración ó la condición de todo papel político; así el rey, apenas transcurridos ocho días desde su advenimiento, lo confirió á Boisy, muerto el cual pasó el cargo al bastardo de Saboya, tío del monarca, y más adelante, en 1526, á Montmorency.

Los maestresalas cuidaban, bajo la vigilancia del gran maestre, de los detalles de la gestión administrativa y organizaban y presidían las solemnidades. En el banquete de la coronación de Carlos VIII, «al salir de la cocina de boca, las trompetas y los clarines iban todos delante tocando melodiosamente; después de ellos, los reyes de armas y los heraldos; luego seis maestresalas ordinarios puestos de dos en dos, y detrás de ellos Fran-

se haya publicado el índice general. Véase E. Pasquier, *Recherches de la France*, edición de 1723. J. du Tillet, *Recueil des rois de France, leur couronne et maison, ensemble le rang des Grands du royaume*. T. Godefroy, *Le ceremonial français*, dos volúmenes, segunda edición, 1649.

(3) Ya lo había observado también Le Grand d'Aussy. *Histoire de la vie privée des Français*, 1815, tomo III, pág. 745-752.

(4) Lo que, aparte de la ignorancia de los historiadores sobre todas las instituciones de la Edad media, ha sido durante mucho tiempo causa de error, es que cada rey modelaba á su imagen el Palacio y la corte, ampliándolos ó restringiéndolos, según que fuese más ó menos aficionado al lujo y al esplendor.

(5) Véase págs. 3 y siguientes.



FRANCISCO I DE FRANCIA Y SU FAMILIA

(Miniatura del devocionario de Francisco I, Real Gabinete de Grabados, Berlín)